

## SIGFRIDO KOCH ARRUTI, ARTISTA QUE ILUMINA POR AMOR

*Juan SAN MARTÍN ORTIZ DE ZÁRATE*

**C**onocí a Sigfrido cuando era aún un niño, más que por mi afición a la fotografía en aquel tiempo, por mis contactos con su tío Willy cuando formaba parte del cuerpo directivo de la Federación Atlética Guipuzcoana y el que suscribe, miembro directivo del C.D. Eibar. Fue entonces cuando Sigfrido hizo su aparición en las pistas, de manera muy destacada en carreras de vallas, hasta alcanzar los máximos galardones regionales y nacionales.

Puede decirse que desde la mocedad se identificó con el deporte y la fotografía. Lo segundo le venía por la trayectoria familiar, y era lógica su inquietud por el perfeccionamiento de las técnicas modernas de la especialidad para el arte fotográfico, que llevó magistralmente después de los diversos estudios en Barcelona, Alemania, Holanda y Bélgica.

Después de conocerle en las pistas de atletismo, coincidí con él en varias excursiones de montaña y en actividades del Grupo Aranzadi de Ciencias naturales, donde ingresó como socio. Un chico callado y siempre con la cámara en ristre, dispuesto y atento a todo lo que podía ofrecer la naturaleza a su sensibilidad observadora. De ahí, cuando los pioneros de la espeleología organizamos aquella expedición a la sima de Aizbeltz, bajo los auspicios del G.C.N. Aranzadi, en 1955, recurrimos a él, yo diría por ser el único en aquel tiempo capaz de acompañarnos en la aventura subterránea, para plasmar con su objetivo los aspectos gráficos del interior en aquel evento.

A la sazón tenía 19 años y era su primera expedición en cavernas. Recuerdo muy bien que en atención a su edad, entrega y la afabilidad de compañerismo, conquistó el ánimo de los participantes, haciéndose acreedor del afecto de todos los coparticipes. Hay que decir que se comportó como un camarada.

Por la distancia de nuestras respectivas ciudades y por sus ausencias al extranjero, no llegué a tratarle todo cuanto deseaba, pero siempre contamos con recíproca amistad. Esa amistad que sólo se consigue cuando se ha compartido una aventura en común. Y entonces eramos muy pocos los que nos dedicábamos a ese tipo de actividades.

Al cabo de varios años, concretamente a finales de 1977, un día se presentó en mi domicilio de Eibar, todo iluminado, para dedicarme su obra *Euskalerría*, en la que plasmó de su puño y letra: "A Juan San Martín con afecto, en recuerdo a tiempos pasados, tan agradables que nunca olvidaré, su amigo Sigfrido Koch". Sincera emotividad por unos días de emocionada convivencia.

Pero tal vez, lo que me ofrecía significaba algo más; era la demostración de sentimientos comunes sobre la tierra que nos vió nacer, y que él venía a expresarme con ese precioso álbum de paisajes y paisanajes en sus diversos aspectos desde su óptica particular, reflejando la naturaleza con las iluminaciones del amanecer, mar y montaña, geología y flora, la vida doméstica en las estaciones con sus faenas de labor y días festivos, porque para él no había nada insignificante en la dinámica de un pueblo, y sabía recogerlo con instantáneas únicas e irrepetibles.

A aquel libro pronto se sumó otro, *Itxaskaria* (1978), donde varios autores narraban la epopeya marina de los vascos a través de los tiempos, con ilustraciones igualmente extraordinarias de Sigfrido, astilleros con sus industrias auxiliares, comercio y navegación, rincones insólitos de la costa vasca, marinos con sus tradiciones y costumbres, la peculiar gastronomía de los productos de pesca, etc. Siempre mostrando ese enfoque tan particular que distingue a cada artista. Siempre, al margen de su dominio técnico, a la vuelta de cada página una nueva sorpresa para el deleite de la vista y el sentimiento.

Su habilidad sabía conjugar la cámara y el laboratorio de manera magistral para lograr lo que él pretendía, ora la realidad absoluta, ora difuminando imágenes parcial o totalmente para conseguir el efecto deseado. Son los conceptos límites del artista, reproducir fidedignamente lo que se ve en unas y lo que se piensa en otras. Nada se dejaba al azar. Era un experto en la técnica y lo sabía aprovechar al máximo con la ayuda de su conocimiento de la naturaleza y la sensibilidad forjada en la observación. Aspectos de formaciones geológicas, fauna y flora, unidos a los aspectos etnográficos de la tierra que se hollaba. Así iluminaba las cosas con amor.

Todo ello es posible cuando se tiene conocimientos y las cualidades debidas, se obra con libertad y capricho en lo que se asume con amor y gusto. Otra cosa es cuando hay que obrar en tema impuesto, donde no siempre resulta fácil por muy profesional que uno sea en el oficio. Pero aquí también supo salir airoso cuando Iñaki Txueka le encomendó la ilustración de la obra *Txakolina* (1985). Aquí supo captar todos los verdes de nuestro campo, las hojas de la vid con todos los tonos de las estaciones, translúcidos pámpanos de grano maduro y hasta la epider-

mis de los mismos. Hombres y mujeres que laboran en el anonimato para ofrecer el producto de la alegría festival. A través de sus páginas nos hará comprender gráficamente toda la trama para la elaboración, desde los aperos empleados a la fermentación, curación y consumo, añadiendo los tipos de ágapes donde el txakolí resulta favorable.

La experiencia de este libro le resultó favorable y de ahí le surgió otro encargo de similares características, *Cien años de Rioja Alta - 1890-1990*, con texto de Manuel Ruiz Hernández. Este segundo ensayo sobre tema impuesto, naturalmente es superior al anterior, donde tierra, planta, fruto, elaboración, hasta los embotellados recobran un valor superior con sus cepas descarnadas o rebosantes de frutos; incluso los embases de vidrio, cuya luz cromatizada por el contenido son motivos que ensalza el artista. Sigfrido, que fabricaba sus propios filtros para cada caso, también del etiquetado hace motivo para resaltar la splera de los vinos riojanos. Son muestras de la superioridad alcanzada por el fotógrafo en su propia profesionalidad.

A tal señor, tal honor. Cuando a Gabriel Celaya le fue concedido el Premio Nacional de las Letras 1986, de lo



1990eko irailean, Urumea Pasealekuan  
(Carlos Villagrán-en argazkia).

En septiembre de 1990, en el paseo del Urumea.  
(Foto Carlos Villagrán).

que congratulé por haber formado parte del jurado, la empresa Repsol quiso homenajearle con la publicación de una obra extraordinaria, ilustrada con fotografías de Sigfrido Koch. Una antología que al propio tiempo fuese un canto a la libertad, basada en su conocida parábola, y que en todo el montaje algo tuvo que ver Félix Marañón, además de ofrecer su prólogo. Él conocía los poemas de Celaya, pero también el fondo artístico de Koch sobre lo que tanto obsesionaba al poeta, y así nace *Gaviota* (1987). Una exposición verdaderamente extraordinaria, donde se manifiesta que el fotógrafo había sorprendido ya la superficie marina con sus mareas, playas, acantilados, rompientes, rocas, barcazas en las distintas estaciones del año y durante las horas del alba al ocaso, aprovechando las luces celestiales donde navegan libres las gaviotas y tiñen las aguas con el siempre reflejo de ese cielo cambiante. Movimiento constante y pacífico es la orilla del mar, donde la faena del puerto tiene su lugar humanizado. Tampoco se olvida la presencia de la vida marina en su diversidad de algas, moluscos y hasta troncos de forma abstracta que los arroja la mar.

No sé si fue esa obra la que motivó otra no menos importante del mismo poeta a su ciudad natal, *Donostia, ciudad abierta*, en 1989, que por su éxito enseguida hubo necesidad de reeditar, y en 1992 apareció su traducción euskérica *Donostia, hiri zabala*, debida a Felipe Juaristi. Todo un acierto del Ayuntamiento donostiarra, donde se unen

poesía y arte fotográfico de dos autores a quien les vió nacer.

Como siempre, Sigfrido no se limita a completar las hermosas vistas y los paisajes urbanísticos y naturales que ofrece la ciudad. Él penetra en lo más insólito, él nos recrea con lo que tantas veces hemos mirado y no hemos visto. Por lo menos no hemos visto esos matices luminosos, esas brumas transparentes de tintas azul-grisáceos, esas aguas azul-verdosas que cuando el sol se declina las vuelve doradas, o cuando la luna alumbra son plateadas. El astro solar, en su éxtasis que colorea el cielo y la tierra según el momento de su trayectoria y el tipo de nube que predomina en el espacio. Y son éstas, precisamente, las ocasiones en las que el fotógrafo no quiere intervenir en la alteración de efectos especiales, porque teme alterar la virginidad de la luz natural. Fotos que nos enseñan a contemplar la naturaleza.

Y también es verdad que ayudan al recogimiento interior y a la lectura. Por eso, a través de las páginas, no sólo encontraremos la poesía del hijo de sus entrañas, sino él mismo en cuerpo y alma identificado con su ciudad; pero también el fotógrafo está identificado en esas páginas, en las que se ilumina por amor. Entrega y fruto de aquel chico que iba a la montaña porque había flores en el camino. Y, en el fondo, es todo lo que nos quiso ofrecer. ¡Gracias!, amigo Sigfrido.